

Escripta

Revista de Historia

**Las raíces históricas de la tradición asociativa
de los agricultores en el municipio de Apía,
Risaralda, 1890-2013**

**The historical roots of the associative tradition of farmers in the
municipality of Apía, Risaralda, 1890-2013**

Carlos Alfonso Victoria Mena

<https://orcid.org/0000-0001-5892-8766>

Recepción: 6 de octubre de 2018

Aceptación: 10 de diciembre de 2018

LAS RAÍCES HISTÓRICAS DE LA TRADICIÓN ASOCIATIVA DE LOS AGRICULTORES EN EL MUNICIPIO DE APÍA, RISARALDA, 1890-2013

THE HISTORICAL ROOTS OF THE ASSOCIATIVE TRADITION OF FARMERS IN THE MUNICIPALITY OF APÍA, RISARALDA, 1890-2013

Carlos Alfonso Victoria Mena¹

Resumen

En el 2005 un grupo de caficultores del municipio de Apía, localizado en la cordillera occidental, al centro de Colombia, instaló su primer contenedor con sacos de café en el puerto de Buenaventura, sobre el litoral Pacífico. Detrás de cada grano había una larga historia ligada a la herencia de las sociabilidades del proceso de colonización que experimentó este territorio a finales del siglo XIX. En este artículo se describen y explican las raíces históricas de las sociedades de frontera que permitieron hacer de la asociatividad, una fortaleza en el contexto de los procesos de frontera.

Palabras claves:

Frontera, colonización, territorio, asociatividad, redes, caficultura.

Abstract

In 2005, a group of coffee farmers from the municipality of Apía, located in the western mountain range, in central Colombia, installed their first container with bags of coffee in the port of Buenaventura, on the Pacific coast. Behind each grain there was a long history linked to the inheritance of the sociabilities of the process of colonization that this territory experienced at the end of the 19th century. In this article we describe and explain the historical roots of the border societies that allowed, in the present to do of the associativity, a strength in the context of the border processes.

Key words:

Border, colonization, territory, associativity, networks, coffee growing.

¹ Profesor de la Facultad de Ciencias Ambientales y de la Maestría en Historia de la Universidad Tecnológica de Pereira (Colombia), cvictoria@utp.edu.co

Introducción

Tuvo que pasar más de un siglo para que los campesinos del municipio de Apía, Risaralda, se organizaran de forma independiente. Durante este tiempo, la historia económica del territorio fue determinada por las distorsiones de la economía de exportación y los conflictos sociales derivados del libre mercado. Es por eso que las nuevas redes de productores locales y sus organizaciones son la expresión de las redes de resistencia económica y social a los impactos de la globalización que afectó las capacidades de la sociedad rural para enfrentar el efecto devastador de las crisis cafeteras y la debilidad del Estado que no pudo defenderlos ni protegerlos.

El problema central que se examina en el artículo tiene que ver con la historicidad del proceso organizativo de los medianos y pequeños caficultores de un municipio cafetero localizado en la cordillera occidental de los andes colombianos, cuya territorialidad fue fruto de los procesos de inmigración que se suscitaron durante la segunda mitad del siglo XIX, en el contexto de la apertura de fronteras agrícolas y colonización del territorio que originaron complejas relaciones sociales de producción, acumulación y dominación. Esta historicidad tiene que ver con las *soluciones inventadas o adaptadas* con el objetivo de enfrentar estos problemas (Van Young, 2010).

En consonancia con el problema planteado saltan a la vista estas preguntas: ¿Qué papel han jugado en la historia de las sociedades de frontera las redes de relaciones en la construcción del tejido asociativo? ¿Por qué en el municipio de Apía ha prosperado el espíritu asociativo de los agricultores en medio de los efectos de la desestructuración de los mercados?

Las hipótesis que se pretenden demostrar de acuerdo con el problema de investigación tienen que ver con el tiempo histórico en el que se suscitaron los procesos de configuración y transformación de los frentes colonizadores en sociedades agrarias, primero bajo los impulsos sociales y luego por cuenta de factores económicos. Procesos agrupados por redes de relaciones familiares y vecinales que hicieron de la reciprocidad un primer momento de solidaridad intuitiva entre los inmigrantes,¹ las cuales, posteriormente, quedaron atrapadas por la racionalidad de las redes comerciales, fragmentando dichas sociabilidades que independientemente de la trama modernizadora pudieron prevalecer en el tiempo cronológico.

Bajo estas consideraciones se pretende desarrollar tres hipótesis: 1) la ayuda mutua y la reciprocidad entre los colonos dio origen a las redes de acción colectiva; 2) la crisis de la caficultura en Colombia se ha debatido entre ordenes de domina-

¹ Sobre este asunto María Rostworowski de Diez Canseco plantea que “La reciprocidad era un sistema organizativo socioeconómico que regulaba las prestaciones de servicios a diversos niveles y servía de engranaje en la producción y distribución de bienes en el ámbito andino” (2018, p. 62).

ción y formas de resistencia y 3) la confianza que nutre las redes son un producto histórico y se reproduce en la memoria social y cultural de las comunidades. Estos enunciados buscan comprender por qué las redes sociales y cooperativas han fortalecido las estrategias locales de desarrollo endógeno más contemporáneo y cómo es que las sociabilidades históricas que caracterizaron el proceso individual y comunal de frontera y colonización, no fueron liquidadas por las formas organizativas de la burguesía cafetera.

Esto fue posible por la fuerte injerencia de los patrones territoriales del nuevo orden mundial de la agricultura, a partir de la década de los años noventa del siglo pasado, que las resistencias campesinas no se manifestaron únicamente en el campo político, sino también en el terreno económico y ambiental a través de las redes de precio justo promovidas por organizaciones de pequeños productores, haciendo de las amenazas de la globalización neoliberal, paradójicamente, una oportunidad de negocios. La diferencia es que las organizaciones de agricultores han luchado por no jugar un papel subsidiario dentro del reparto de la división internacional del trabajo.

En este artículo se aprovechan los aportes que sobre el concepto de frontera han propuesto Reboratti (1990) y Fajardo (1996), así como los debates teóricos y la agenda investigativa sugeridos por Londoño (2008). Además de las críticas de Giraldo (1989) y Álvarez (1989) al historicismo moral de la colonización antioqueña y las contribuciones de Tilly (2005) al estudio de las redes de confianza y la cooperación colectiva. El balance historiográfico para construir la línea de base argumentativa de algunos rasgos del desarrollo de la frontera agrícola y la caficultura se apoya en los aportes de García (1949), Palacios (2009), Machado (1988), LeGrand (1988), Christie (1986), entre otros autores.

El texto está organizado en dos partes. En la primera se presenta una mirada a las características de las sociabilidades del proceso de frontera, el historicismo implícito en sus descripciones y las impugnaciones argumentativas que los investigadores del fenómeno han formulado sobre el carácter desigual de la llamada colonización antioqueña. Esto en el contexto de la acumulación de capital y los patrones de dominación territorial que de allí surgieron. En la segunda se aborda brevemente el metabolismo de la frontera agrícola a la cafetera por efecto de los ciclos agroexportadores y las consecuencias organizativas del mercado mundial para la sociedad rural conectada desigualmente a las redes de intercambio comercial.

Frontera y relaciones de intercambio

Reboratti (1999) propone, que el desenvolvimiento de las fronteras en América Latina se vea en cuatro fases: potencial, apertura, expansión e integración, de las

cuales se desprenden una serie de tipologías que sirven para explicar las transformaciones socioeconómicas y socioculturales a partir de las relaciones entre grupos humanos, apropiación y transformación de recursos, creación y desarrollo de mercados, así como la articulación con otros espacios. Con esto es posible observar a los actores sociales que intervienen en los procesos, las características de las sociedades que se estructuraron en estos espacios y los intercambios entre los grupos sociales. Por eso:

[...] una frontera se crea cuando una comunidad ocupa un territorio. A partir de allí, la frontera se conforma y modifica de acuerdo con la actividad y el crecimiento de la comunidad o por el impacto sobre ella por otra comunidad (Lattimore, citado por Fajardo, 1996, p. 243).

Las cuatro etapas planteadas por Reboratti ayudan a explicar el caso de la relación entre frontera y colonización en Apía, pues facilitan la comprensión de los ámbitos de transición implícitos en la construcción social, cultural, ambiental y económica del territorio. Como frontera potencial los pioneros o precursores del asentamiento exploraron hacia 1870 el área que había sido habitada por la tribu de los Apias antes de la ocupación española en el siglo XVI. La segunda fase o apertura de la frontera surgió con la llegada de los primeros colonos a finales de 1872. Sobre esta etapa, un historiador local dijo: “Poco a poco van llegando las nuevas familias en busca de porvenir, atraídas por la bondad de las tierras y la riqueza de las guacas” (Naranjo, 1983, p. 18).

La tercera etapa se desarrolló a través de la expansión de la frontera, momento en el que la transformación de la agricultura de subsistencia, mediante la comercialización de excedentes, dio origen a circuitos de intercambio y con estos a la aparición de nuevos actores como comerciantes e intermediarios, además del reemplazo de la agricultura original por una de mayor rendimiento como la caficultura. La última fase de integración de la frontera comprende aspectos de la anterior, en tanto que modifica los factores de producción, las relaciones sociales de la misma y la consolidación e integración del territorio con los mercados nacionales e internacionales.

De acuerdo con esta conceptualización de frontera surge un complejo repertorio de las mismas (Londoño, 2008, p.81) las cuales van a depender de: 1) relaciones sociales imperantes; 2) cantidades de tierras disponibles; 3) tipos de ocupación; 4) dinámicas internas, y 5) factores de desplazamiento de los colonos hacia la zona fronteriza, de las cuales van a aparecer fronteras de inclusión y exclusión; fronteras abiertas y cerradas; fronteras dinámicas y estáticas; móviles, lentas y estancadas, fluidas, espirituales, y fronteras sólidas, vacías y huecas, entre otras.

Para el problema en cuestión resulta pertinente el tipo de ocupación que influirá en la frontera solida porque se darán tres situaciones específicas: 1) alta densidad

de población; 2) la red de población rural integrada por pequeños y medianos productores; 3) asimilación e integración paulatina con la sociedad central o periférica; frontera vacía como resultado del modo de producción y las relaciones sociales de la misma, y 4) la frontera hueca caracterizada por penetración del capitalismo en el territorio como tal.

Si bien las fronteras son la expresión de la combinación de impulsos sociales y factores económicos, en Apía se pueden rastrear las cuatro fases de fronteras propuestas por Reboratti, y en especial la que corresponde al ciclo de expansión, ya que en esta etapa afloraron las redes de intercambio y solidaridad entre los colonos, además de la cuarta, a través de la cual, y por efecto de la integración, la frontera agrícola se transformará en frontera cafetera, tipología que desde las características de la ocupación del territorio, dará cuenta de la secuencia entre frontera sólida, vacía y hueca que, en buena medida, caracterizan el tiempo histórico del desenvolvimiento de la economía actual. Esta economía se debate entre las consecuencias críticas de la vacía y la hueca, y los intentos de los campesinos, mediante sus asociaciones, de recuperar la solidez de la frontera a partir de las estrategias de desarrollo endógeno local, siendo la asociatividad uno de sus pilares.

El rasgo común en el que convergen, tanto el concepto de frontera, sus fases, y las tipologías adoptadas, es que esta sociedad de agricultores primero, y después de cafeteros en gran medida, es producto del esfuerzo colectivo cuyo espíritu colaborativo quedó plasmado en la construcción de caminos y abastos de aguas que permitieron la relación comunal y comercial con otras comunidades, su propia supervivencia, y el desarrollo de intercambios con el espacio exterior. Sin embargo, la economía mundo (Wallerstein, 2011) impidió que los emigrados pudieran constituir las pequeñas y medianas empresas agrícolas (Fajardo, 1996, p. 248) en la tercera fase de la frontera y en especial de la frontera sólida.² Restituirla bajo otros entornos de productividad, asociatividad y tecnologías, es el objetivo de las redes sociales y resistencias económicas en el siglo XXI.

Metabolismo de la frontera

Santa (1993), sin diferenciar la naturaleza individual o colectiva, ni especificar las periodizaciones, subraya que la ocupación del territorio por parte de los inmigrantes se caracterizó por sus fuertes vínculos de solidaridad, asociados a la organiza-

² Wallerstein (2014), plantea que la construcción del capitalismo histórico ha implicado la constante disminución y total eliminación de las pequeñas estructuras comunitarias mediante la mercantilización de todas las cosas.

ción de espacios comunitarios en los que se construyeron escuelas y plazas³. De hecho, en la historiografía sobre los procesos de frontera es frecuente encontrar la palabra comunidad. Las obras públicas, como caminos y carreteras, por ejemplo, se construyeron mediante convites, en demostración de que el sentido comunitario era afín al “temperamento antioqueño”⁴. En ese sentido, Santa (1993) subraya que la colonización fue una empresa comunitaria a través del espíritu de grupo que caracterizó a los colonizadores.

La representación de los colonos fundadores que hacen autores como Santa (1993), no deja de ser idílica más allá de destacar los atributos que le permitieron a estos impulsar la gran transformación de tierras inexploradas y su posterior incorporación a los ciclos agros-exportadores gracias a la abnegación, sufrimiento, sacrificio y heroísmo, cualidades que condimentaron el mito de la “epopeya colonizadora” como si hubiese sido una cruzada civilizatoria, de la cual la historia oficial se sirvió para la construcción de identidades locales y regionales (Londoño, 2008, p. 186).

En el otro extremo de estas caracterizaciones están quienes pretenden –como es el caso de Parsons (1961)– demostrar el surgimiento de comunidades socialistas con vínculos emocionales, pero también racionales en la fundación de nuevos pueblos. Desde este ángulo algunos investigadores fomentaron la tesis del florecimiento de una sociedad democrática e igualitaria conformada por pequeños y medianos

³ Según Luisa Fernanda Giraldo (1989), al caracterizar la ocupación territorial en el marco de los procesos de colonización, aclara que en el periodo 1770-1874, ésta fue de forma colectiva y después de 1874 de modo individual. No obstante, en ambos casos “albergó prácticas sociales cooperativas e individualistas, en las cuales afloraron valores fraternos e igualitarios como también principios regidos por la lógica capitalista”. Su complejidad estuvo determinada por diversos factores incluyendo el tipo de territorio y las racionalidades de los agentes intervinientes (*La colonización antioqueña*, Manizales: Biblioteca de Escritores Caldenses, 1989, pp. 87-103). Por su parte Pécaut indica que la colonización colectiva solo perduró hasta 1874, y que después de ese año los fundadores de colonias acapararon tierras. De ahí saldrían los terratenientes, gamonales y caciques políticos locales (*Orden y violencia: Colombia 1930-1953*, Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit, 2012). Otto Morales Benítez traza tres temporalidades de la colonización. La primera a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX (1775-1810), la segunda entre 1820 y 1860 y la tercera oleada denominada colonización tardía, a partir de 1870. El caso de Apía responde a este último periodo, ver *Cátedra Caldense*, Bogotá: Banco Central Hipotecario, 1984.

⁴ Sobre este punto, el planificador local Bernardo Mesa Mejía señala que, si bien los campesinos construyeron con sus esfuerzos las Escuelas rurales, luego tuvieron que entregárselas al gobierno para que este invirtiera en su mantenimiento o ampliación. Las escuelas y otras infraestructuras de la comunidad se constituyeron en una expresión concreta de solidaridad y acción colectiva. En Apía, estos hechos mostraron una “sociedad solidaria”. Sin embargo, con la creación de los auxilios parlamentarios en el gobierno de Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), el papel de las Juntas de Acción Comunal se transformó en el puente para nuevos procesos de clientelismo y corrupción.

propietarios como producto de la colonización antioqueña al norte del suroccidente colombiano.

Las comunidades imaginadas de Parsons (1961) y Santa (1993), están hechas de representaciones en las que se resaltan el espíritu aventurero y desprendido del colono, mientras que para el primero estos atributos dieron pie a empresas comunitarias, el segundo va más allá y las describe como embriones de comunidades socialistas. Luego, el colono en su rol de talador de la selva pasó a ser pequeño propietario, si acaso, y más tarde, por efecto del despojo, un asalariado. Sin embargo, la tesis igualitaria se desvanece en medio de narrativas en las que predomina la preponderancia de los antioqueños desde la dualidad contradictoria que enfrentó a colonizadores y empresarios (Londoño, 2005, p. 193) por cuenta del empuje y consecuencias de la agricultura comercial, así como de la fiebre exportadora (Le Grand, 1988, p. 37).

El desmonte de la selva, la roza y roturación de tierras para la agricultura de pancoger, durante la fase de apertura de la frontera, en algunos casos, fue una tarea colectiva pero con resultados individuales, y en otros lo personal excluyó lo comunitario, al punto que el colono pionero acaparaba tierras y cobraba por el derecho a colonizar como plantea LeGrand (1988, p. 53), autora que, no obstante, destaca los rasgos comunales y cooperativos de estos trazos de las relaciones agrarias pre-capitalistas:

[...] en la región andina los colonos recurrían también a la ayuda mutua, en especial durante las primeras etapas de la colonización. Por lo general abrían áreas nuevas en grandes grupos familiares o “en compañía”: en estas últimas unos cuantos amigos prometían labrar juntos la tierra y repartirse el producto durante algunos años. El pesado trabajo inicial de limpiar y sembrar tierras vírgenes involucraba a todo el vecindario mediante intercambios laborales denominados convites (Le Grand, 1988, p. 53).

La ocupación de territorios inhóspitos supuso el aislamiento y soledad del colono y su familia, sobre todo en aquellos casos donde la colonización no fue una tarea colectiva sino individual. Aquí la pregunta es cómo pudieron estos frentes de colonización, roturados para fines agrícolas de subsistencia, (Reboratti, citado por Londoño, 2005) integrarse espacial y socialmente a los demás núcleos, incluidos los embriones demográficos que fueron dando origen a los pueblos.

Quizá los nexos de solidaridad, trabajo comunitario y cooperación entre vecinos fueron la base que permitió el impulso a lo que después de la primera mitad del siglo xx sería la Acción Comunal impulsada por el Estado colombiano. Así, los frentes de colonización se transformaron en frentes de trabajo a través de la acción mancomunada de los colonos para romper su aislamiento y conectarse gradual-

mente con las redes de comercio y caminos que al tenor de los arreglos de la liberalización económica, crearían las condiciones para la integración de frontera a los mercados locales, regionales, nacionales e internacionales.

En todo caso, el metabolismo de la frontera, conjugado con el proceso colonización provocaría una compleja y dinámica red de relaciones sociales y económicas mediante el intercambio, como el trueque en principio y el abastecimiento mediante la fonda, la cual jugó un papel trascendental⁵. Para López (1968, p. 37), la colonización solo fue posible a través de dichas redes de reciprocidad denominadas coalición de intereses entre colonos pioneros y comerciantes, en las que cada actor aportó lo suyo: el colono su espíritu de independencia, pero también de solidaridad, los comerciantes el capital y los políticos las decisiones para legalizar fundaciones, abrir caminos y orientar las políticas agropecuarias.

Seguramente fue así como el ingreso a las redes de comercio, por la vía de las redes de reciprocidad vecinal, hizo posible seguramente el establecimiento y ampliación de nexos con otros grupos dispersos en el territorio. El eje de transmisión de dichos lazos fue el centro poblado convertido en centro de acopio, aprovisionamiento y comercio con el mundo exterior, empezando por los incipientes mercados locales y regionales. Este fue el espacio en el que la comunidad se amalgamó a través de las relaciones interpersonales, la celebración de cultos religiosos y festividades.

La base social de la caficultura en los departamentos del Viejo Caldas fue cimentada por la economía familiar de la pequeña propiedad. Para Antonio García (1978), este factor contribuyó a la constitución de una sólida estructura comunitaria y al desarrollo de formas de trabajo cooperativo propagada por las sociabilidades de la colonización. A este fenómeno se le atribuye el éxito de la producción de cafés suaves, y también contribuyó a que los pequeños caficultores resistieran en diversos periodos a las oscilaciones y ciclos depresivos del mercado mundial del grano.

Las formas comunitarias de poblamiento a las que se refiere el autor también jugaron un papel trascendental en la estructura de una sociedad que, aunque dividida por los sectarismos políticos, hizo de la reciprocidad un componente clave en el desarrollo posterior de modelos de cooperación y asociación en función de objetivos comunes. El carácter comunal de la colonización como fenómeno social tuvo varios ingredientes. Uno de ellos fue el surgimiento de bloques cooperativos

⁵ La red de relaciones tempranas se transformará en la heterogeneidad de redes de poder (Pécaut, 2012). De esta surgirá un bloque dominante que hará a través de las exportaciones de materias primas el eje del modelo de desarrollo. Cada región promueve contactos directos con el exterior. Por ejemplo, “la burguesía cafetera proclama su derecho a controlar directamente todas las actividades relacionadas con el café; afianzando su dominio sobre los pequeños productores se procura también los medios para lograrlo (Pécaut, 2012, p. 82).

de producción y consumo mediante la roza comunal con el cual los colonos buscaban asegurar su propia subsistencia. El levantamiento de los caseríos fueron el resultado del trabajo colaborativo. García (1978) las llamó “asociaciones fraternales agrarias”.

En resumen, García (1978) sostiene que el origen de la creación de la nueva economía post colonización tuvo un actor central: el colono como creador de tierra y que antes de ser un *agregado*, por intrincados y conflictivos procesos de despojo, estableció relaciones de vecindad y sociabilidad con sus congéneres de causa, mismos que dieron origen al establecimiento de asentamientos humanos, fincas familiares, apertura de caminos, siembras y cosechas que de otro modo no hubieran podido salir airoso ante las adversidades climáticas, geográficas y cotidianas.

Se debe aclarar que, en la compleja tipología de colonos, la caracterización sociológica que hizo Parsons (1961), al destacar el comportamiento asociativo de estos, se estaba refiriendo a un modo particular como pudieron haber sido las colonias de poblamiento que dieron origen a fundaciones y centros poblados. El municipio de Apía posiblemente fue parte de esta esfera de ocupación del territorio, y en especial bajo la figura del colono pionero: según la historiografía regional, entre 1871 y 187, José María Marín y su mujer María Encarnación Marín, junto a Julián Ortiz, fueron quienes abrieron el frente colonizador.

Raíces de la asociatividad local

Según se desprende de la historiografía sobre la apertura de la frontera (1871) y su fundación (1883), una de las causas pudo estar asociada a la atracción ejercida por los imaginarios de frontera por cuenta de las leyendas de grandes tesoros y las subsiguientes actividades de gaaquería. El segundo factor corrió por cuenta del despliegue de la economía cafetera de exportación, ciclo correspondiente a la transición entre apertura e integración de la frontera, advirtiendo que la colonización de esta vertiente no se hizo para sembrar café, sino para resolver, en principio, un problema de carencia de tierras y posibilidades de subsistencia. La caficultura llegaría después. A lo anterior se sumaron razones políticas en función del control del territorio entre facciones conservadoras y liberales a finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX.

En 1871, los colonos José María Marín y Julián Ortiz, dieron inicio al proceso de frontera en Apía. Desmontaron la selva, quemaron y sembraron maíz y frijol. Abrieron una trocha hacia el nororiente para que los comunicara con el pueblo de Anserma. Un año después, el 18 de noviembre de 1871, los colonos habían crecido, atraídos por la “bondad de las tierras y la riqueza de los tesoros indígenas”. Para 1892 la población estimada era de 7 mil habitantes. Cifra que refleja el rápido

crecimiento demográfico de la población. Uno de los puntos destacados en el memorial petitorio para justificar, ante las autoridades jurisdiccionales de Popayán, la creación del municipio de Apía como parte de la Provincia de Marmato, fue la dedicación de sus habitantes a la agricultura, la ganadería y el comercio.

Este acontecimiento se amolda al tipo de colonización protagonizada por pioneros que luego se transformarían en fundadores en tierras baldías, antes de la construcción de colonias. Dependiendo del tipo de actores, su diferenciación social, intereses y propiedad, también fueron surgiendo diversas relaciones sociales. Mientras los colonos capitalistas, bajo la figura de empresarios territoriales, buscaron acaparar tierras, para los colonos pobres fue una oportunidad de movilidad geográfica y una salida a sus condiciones de hambre y miseria. Marín y Ortiz, más allá de su faena hazañosa, cumplen con el perfil de pioneros y actores del frente de colonización.

Dirigentes cívicos “amantes del progreso” crearon en 1903 la Sociedad del Progreso. Empezaron la construcción de una pila pública para que las gentes se abastecieran de agua en la plaza principal, después, en 1920, el cabildo local creó la Sociedad de Ornato, encargada de obras de embellecimiento urbano. Además, en 1923, bajo el liderazgo de la iglesia, se constituyó la Sociedad de Mejoras Públicas⁶. Entre 1936 y 1941 hubo un periodo de estancamiento, mientras que en 1943 resurgió con nuevos estatutos convocando a jornadas cívicas para la recolección de recursos con destino a obras de beneficio común; lanza iniciativas como la creación en el municipio de una sucursal de la Caja Agraria. Tres años después, en 1946, se organizó la Semana Cívica para recaudar fondos entre los ciudadanos con destino a la remodelación del parque⁷.

En 1951 se compró un bulldozer para el mantenimiento de las vías. Con este equipo y con la colaboración de la comunidad se emprendió la apertura de una vía hacia la vereda San Carlos: “nunca antes en Apía, se vio un convite de la magnitud de esos” (Naranjo, 1980, p. 70). En una declaración con fecha del 19 de septiembre

⁶ Gerardo Naranjo López en *Apía a través de la historia* exalta la “abnegada y silenciosa obra del clero parroquial, aún no valorada es verdaderamente admirables” (Ibidem, p. 31). Virginia Gutiérrez en su caracterización sobre el complejo antioqueño señala que “es evidente la fuerte influencia de la iglesia católica en la conformación de organizaciones de naturaleza cívica. Funcionan bajo su control. Siempre hay un sacerdote impulsando la creación de un colegio, una junta, un patronato, etc. La Acción Comunal también fue puente para la proyección social del clero. Casas del campesino, del Mendigo, Ancianatos y cooperativas van a surgir de la mano de sacerdotes y religiosas que así estimulaban la acción ciudadana. Estas organizaciones se convierten en instrumento de control de la moral cristiana, fomentando la vida gregaria de la comunidad” (*Familia y cultura en Colombia*, Medellín: Universidad de Antioquia, 1994)

⁷ A propósito de este fenómeno Virginia Gutiérrez recuerda que las tareas cívicas hermanan a los estratos de ubicación desigual en la búsqueda de una meta colectiva, (Ibidem, p. 400).

de 1954, que se publicó en el periódico *El Minuto*, se resalta que civismo es una palabra desinteresada e indispensable para el progreso de un pueblo:

“Si queremos progresar, si Apía va a seguir adelante es necesario un gran esfuerzo en el que se sumen todos los anhelos de sus habitantes. Un esfuerzo común de los ricos y los pobres, de los ciudadanos y de los campesinos...tenemos que unir fuerzas para asegurar el triunfo” (Naranjo, 1980, p.70).

Gracias a este empuje, la Sociedad de Mejoras fue reconocida como la única en Caldas que pudo construir más de 20 kilómetros de carreteras de penetración para conectar las veredas con el centro poblado para sacar la cosecha de café. Es decir, con el esfuerzo colaborativo de los Apianos se abrieron las vías. Y, ante el declive de esta organización, en los años setenta se creó en Pereira la Corporación de Apianos Ausentes, CORAPIA, y con ocasión de la celebración del centenario del municipio, en 1982, en medio del listado de aspiraciones y solicitudes, se destacó la creación de la Fundación de un Centro de Formación de Líderes Campesinos “de acuerdo con nuestro ambiente social y características étnicas”.

A "partir de 1921 se inicia la época de oro de Apía. En 1922 se puso en servicio la planta eléctrica y el alumbrado público, antecedida por la creación de colegios, periódicos y una banda musical. En 1930 la administración el acueducto es una realidad y en ese mismo año se iniciaron los trabajos para la apertura de la carretera Apía-Mapa, buscando la salida hacia el puerto de La Virginia sobre el río Cauca. Con un gran movimiento y “convites que se llevan a cabo, participa toda la ciudadanía con extraordinario entusiasmo (Naranjo, 1980, p.25). Sin embargo, en 1931 la violencia instigada por los conservadores arrecia contra los liberales del Apía y se producen los primeros desplazamientos. En 1944 se constituye la Sociedad de Mejoras Cívicas de Apía, para que elites y subalternos del municipio encuentren en estos espacios un lugar para emprendimientos comunes.

Hace 25 años se celebró un foro en Apía en el que intervinieron Hernán Mejía Vallejo, exministro de Agricultura, y Bernardo Mesa Mejía, arquitecto y planificador local. En ese espacio se recordó que por cuenta de la acumulación cafetera, pero también por efecto de la economía embotellada, la cual se caracterizó por la falta de carreteables que permitiesen desarrollar el comercio de Apía con Pereira y otros centros urbanos importantes, se generó un desarrollo industrial incipiente, pero desarrollo, al fin y al cabo. Surgieron fábricas de velas y forjas, de fósforos y otros insumos, así como una planta propia de energía y dos trilladoras de café⁸. El

⁸ “El Sacatín” fue la primera industria que tuvo Apía para la elaboración de bebidas alcohólicas, así como la Trilladora Arabia y luego la Trilladora Omaira y el Hotel Manizales. En 1907 la explotación de una mina de cal para la elaboración de abonos. A finales de la primera década del siglo XX se dio apertura

municipio era autosuficiente. Fue el primer rasgo importante de desarrollo endógeno después de iniciado el siglo xx.

El espíritu asociativo perdura

A lo largo de la historia, la globalización puso en contacto a los centros de poder a través de redes de comercio y diversidad de conexiones que han amparado el moderno sistema mundial (Tilly, 2010; Wallerstein, 2011), pero también, y en todo momento, los subalternos han respondido a las oportunidades y amenazas de la economía mundo, apelando a redes que no solo redefinen las relaciones con dichos centros, sino que además —en el caso de los productores locales— derivan en un amplio repertorio de resistencias formales e informales.

Lo que se intenta demostrar aquí son los efectos del tiempo histórico a través de las redes de relaciones propiciadoras, tanto de la cohesión social y como de la transformación productiva del territorio, asunto que para algunos autores tuvo todos los rasgos de una incipiente pero floreciente sociedad con lazos cooperativos que en lugar de desaparecer por efecto de la liberalización económica de la frontera, siguieron demostrando que estas pequeñas sociedades rurales han sido parte de una condición cultural local: la tradición de este tipo de sociabilidades.

Al principio del artículo quedaron expuestos los elementos constitutivos de dichas relaciones a través de la configuración de fuertes lazos sociales entre un campesinado expuesto a la depredación de los agentes económicos, el propio Estado por los derechos de propiedad sobre la tierra, y el mismo proceso de acumulación capitalista. Dichos vínculos, paradójicamente, fueron uno de los factores de producción que permitieron la expansión del mercado, rompiendo el aislamiento inicial de los colonos, pero dejando para el largo plazo de la frontera cuatro atributos claves: el control permanente, la ayuda mutua, la reciprocidad y la confianza (Tilly, 2010, p. 23).

Como lo plantea Tilly (2010), uno de los signos más importantes en los que desembocan las redes de confianza son las asociaciones que en Apía han tenido una larga tradición de vínculos emocionales y cívicos por los procomunes en términos de bienes públicos (carreteras, plazas, escuelas, etc.), con los que se creó el imaginario cultural de una sociedad colectivista. Las raíces culturales de dicho aprendizaje están arraigadas en lo que hemos llamado el impacto histórico de la sociedad de frontera.

a la fábrica de “Cerveza Negra”. Luego aparecieron dos fábricas más de cerveza dulce, una de ellas fue la famosa “Calamarina” (Naranjo, *op. cit.*).

¿Por qué y ante qué surgen las redes y se conforman asociaciones? En una primera fase para hacer frente al aislamiento geográfico y económico. En una segunda circunstancia en función de hacer frente a riesgos y amenazas pero también en busca de oportunidades. Según Tilly (2010) a depredadores políticos, gubernamentales y económicos, claramente detallados cuando los colonos debieron enfrentar el despojo por cuenta del capital encarnado en los empresarios territoriales y sus organizaciones, las cuales se van a consolidar en el territorio pero que también van a ser impugnadas por las nuevas resistencias.

Continuidades y rupturas

En el periodo 1945-1960, los bajos precios del café y de los niveles de rendimiento, obligaron a establecer nuevas formas de productividad. Medio siglo después, estas circunstancias también empujaron a los pequeños y medianos caficultores a replantearse nuevas alternativas de subsistencia. La resistencia al descenso de los precios internacionales y sus implicaciones en la cotización interna, han sido una de las constantes a las que la economía campesina y los medianos caficultores se han tenido que enfrentar. Dicha resistencia estuvo asociada a 1) siembra de pan coque como complemento de ingresos y autoconsumo; 2) sobre explotación de mano de obra familiar por la vía de trabajo asalariado en haciendas y fincas vecinas, lo que conllevó a la semi proletarización rural; 3) gestión ambiental de los recursos naturales como la conservación de suelos y fuentes de abastecimiento de agua.

El proceso de pauperización por cuenta de la globalización neoliberal se hizo evidente en la reducción del área sembrada, y en la producción y la caída de los ingresos. Los medios de comunicación comenzaron a hablar de pobreza cafetera y a mediados de la década de los 50, el 70% de las fincas estaban diversificadas con cultivos diferentes al café. También en esta década las fincas eran explotadas por sus dueños y familias. Incluso, en 1960, un censo permitió demostrar que cerca de 200 mil fincas de menos de una hectárea tenían como producto secundario el café. En esta década la economía familiar era la responsable del 56% del total de la producción. En 1960, la FNC controlaba el 31.8 % de las exportaciones y en 1970 ya era el 43.9 %.

Uno de los problemas que se plantea en esta reflexión tiene que ver con los conflictos suscitados por la modernización de la industria en relación con el papel hegemónico de la Federación Nacional de Cafeteros, así como la respuesta contingente en cuanto a la organización de los pequeños caficultores para sobrevivir a la compleja trama de vicisitudes de la industria. En ese sentido, la Asociación de Cultivadores de Apía es el resultado de un largo proceso de organización social y

productiva sustentado en el protagonismo histórico de la pequeña economía campesina.

La especial singularidad que tiene esta asociación es que fueron los grandes hacendados y exportadores quienes a finales del siglo XIX constituyeron el gremio cafetero. En este proceso el caficultor no tuvo iniciativas (Palacios, 2009, p. 61), por el contrario, fue llevado de la mano durante el siglo XX por la misma racionalidad de la burguesía cafetera que pudo organizar sus intereses a título de la sociedad y el Estado. Bajo este contexto, ASOAPÍA representa el periodo de ruptura de los campesinos después de la agudización de la crisis de 1990 en adelante.

Las raíces sociales y culturales de esta organización no hay que buscarlas exclusivamente en la insubordinación de amplios núcleos del campesinado tras los devastadores impactos por cuenta de las oscilaciones de los precios en el mercado mundial, la baja rentabilidad y el aumento de los costos de producción —la cual se hizo mucho más notoria ante la incapacidad de la Federación de Cafeteros de solventar la incertidumbre de los agremiados. Hay que analizarla como parte de los reacomodos sociales que han experimentado las economías de exportación.

La historicidad organizativa de los pequeños caficultores de Apía está arraigada en lo más profundo de la base cultural y social del proceso que dio apertura a la frontera agrícola mediante la ocupación del territorio en el que los primeros colonos se establecieron, y que de alguna manera hizo brotar instintivamente lazos de cooperación y solidaridad comunal en un principio. Esto ante la magnitud y el reto de “abrir montaña” para establecerse en el territorio. Ahora ya no se trata de eso, sino de abrir mercados sin que la oligarquía exportadora (Van Young, 2010) tenga la exclusividad. Tal vez esta sea la nueva historia de la frontera. En el tiempo cronológico y el tiempo histórico se ven las caras entre el pasado y el presente.

En el pasado, la tutela gremial elitista de los caficultores a través de la Federación Nacional y sus redes departamentales y municipales, se vio interrumpida por efecto de tres fenómenos 1) el impacto de la construcción de vías y desarrollo del transporte, el cual ocurre entre 1920 a 1930; 2) la vinculación del café caldense a los mercados internacionales y 3) la aceleración del auge comercial de los centros urbanos integrada a la red vial. Estos tres factores recompusieron la división social del trabajo al tiempo que mostraron un avance de las fuerzas productivas de la región y el surgimiento de los conflictos por la acumulación y distribución de la producción cafetera.

ASOAPÍA se originó en medio de una de las tantas crisis a la que se ha visto sometida la economía cafetera del país. Fue la respuesta de un núcleo de pequeños y mediados caficultores a los desaciertos de las políticas de la Federación Nacional de Cafeteros, gremio que desde su creación ha servido fundamentalmente a los intereses de los grandes caficultores.

El repunte

La destrucción del tejido productivo y social del municipio de Apía puso en una disyuntiva a algunos líderes locales a comienzos del presente siglo: esperar las directrices del gobierno Departamental y la ayuda de la Nación, o por el contrario apelar a sus propias capacidades e iniciativas. En ese sentido, se trató de reorientar las políticas de desarrollo local hacia la reorganización social de los campesinos, recuperando su tradición colectivista y participativa del pasado. En las elecciones de 2003, en la alcaldía salió airoso la propuesta que convocó al desarrollo endógeno y a un nuevo enfoque de la gestión gubernamental: la necesidad de hacer de Apía un municipio cooperativo.

Mediante el acuerdo No. 012, el Concejo Municipal de Apía adoptó el Plan de Desarrollo 2004–2007, bajo el título: “El campo primero, manteniendo los logros del desarrollo urbano”. Algunos de los principios orientadores del Plan priorizaron los siguientes aspectos: 1) La realización de alianzas con grupos de ciudadanos interesados, tanto del campo como de la zona urbana, alianzas que bien pueden tomar la forma de figuras empresariales y/o asociativas; 2) Superar una visión fragmentada de la realidad que conlleva la dispersión y la incoherencia en el trabajo por el desarrollo; 3) transversalidad de los temas ambientales, derechos humanos y educación en salud y sexualidad; 4) reconstrucción de las economías locales como imperativo.

La visión del plan presentado por Francisco Álzate, señaló que al final de su mandato el municipio contaría con un capital humano y social en capacidad de afrontar los desafíos asociados al empleo, la producción y la vivienda, teniendo como base una conciencia ambientalista y el respeto por los derechos humanos, de ahí que su misión considerase crear y fomentar las condiciones culturales y organizativas en torno a la unidad de la ciudadanía y la institucionalidad para “responder a las exigencias del desarrollo”. En realidad, lo que el alcalde electo estaba recuperando era una tradición olvidada por las economías de mercado.

El diagnóstico para ponderar la estrategia de desarrollo endógeno local, consideró prioritario poner en marcha alternativas orientadas a superar los efectos sociales y económicos producidos por la prolongación y recurrencia de la crisis cafetera, reconociendo que no se podía “desaprovechar una cultura centenaria y una institucionalidad como la que ha generado el café. Nuestros suelos y nuestras condiciones ambientales son particularmente favorables al ejercicio de la caficultura”.

Álzate, un reconocido líder y promotor de la educación rural en Risaralda, buscaba de esta manera innovar en las políticas públicas locales para recuperar los lazos y tejidos con los que los antepasados colonizadores habían construido los vínculos comunitarios deteriorados por la violencia política, el paternalismo gubernamental, la corrupción y el corporativismo de la Federación de Cafeteros. Las

respuestas asistencialistas a la crisis recurrente de los cafeteros habían resultado fallidas. La clave del nuevo pulso estaba en apelar a las raíces que habían dado identidad cultural a la comunidad:

[...] Hasta los años setenta reinó el espíritu colectivo. Hacíamos fiestas para recaudar fondos con destino a obras de beneficencia como el Hospital. Los de arriba y los de abajo nos unimos en torno a estas causas. La única disputa, con reinados y fiestas, era haber quien recogí más plata. Estos pueblos se levantaron a punta de comitivas. En el campo brotaba solidaridad entre los vecinos [...] (Victoria, 2010).

Para los campesinos de las partes altas del municipio el desarrollo endógeno se ha convertido en la oportunidad de revalorizar los saberes tradicionales. Para ello han contribuido las Escuelas Agroecológicas impulsadas por el líder ambientalista y profesor de la Universidad Tecnológica de Pereira, Guillermo Castaño Arcila, alrededor de las cuales se aglutinan familias inquietas por recuperar la sabiduría de sus antepasados en el aprovechamiento de la biodiversidad⁹. La idea de pensarse desde lo local tiene para estos campesinos un significado mayúsculo: el desarrollo endógeno, a través de los planes de vida (y no de desarrollo), consiste para ellos en la búsqueda de nuevas oportunidades en tanto que el “desarrollo que viene de afuera” los hizo dependientes, por ejemplo, de agroquímicos que contaminaron suelos y aguas.

Adaptación a los nuevos tiempos

Si bien en el plan de desarrollo 2004-2007 el gobierno municipal orientó su política de participación hacia el fomento de la asociatividad, también es cierto que algunas organizaciones, como fue el caso de ASOAPIA, han sido fruto de la iniciativa y del esfuerzo ligados a la tradición de sus ancestros. En el 2005, año en que se creó esta organización con el objetivo de que los pequeños productores pudieran “adquirir mayor fuerza mediante su asociación”,¹⁰ se reunieron 25 personas. Hoy, el organismo está conformado por más de 400 miembros. Desde entonces, ASOAPIA se transformó en un modelo de gestión cooperativa. Mucho antes de esta asociación, en el municipio aparecieron otras pero fracasaron al poco tiempo de haberse con-

⁹ Uno de los aspectos no estudiados alrededor de los ámbitos que movilizaron las Juntas de Acción Comunal veredal en sectores como Alta Campana, han sido la defensa del territorio a partir de la conservación de las fuentes de agua. Su valor estratégico en Apía siempre ha sido una de las constantes. Anteriormente lo más importante era que los predios tuviesen disponibilidad de agua. Era su auténtico valor.

¹⁰ <http://www.asoapia.org/index.php/nosotros/historia>

formado debido a que se rigieron por los reglamentos de la Federación Nacional de Cafeteros¹¹.

La asociación es la respuesta adaptativa y creativa en el contexto de la libertad de asociación de un puñado de caficultores empobrecidos para hacer frente a los efectos recurrentes de la mundialización de la economía que afectó los precios agrícolas. La resistencia económica y ambiental ha buscado: 1) reducir costos apelando a los viejos saberes populares desplazados por la modernización; 2) separarse del paquete tecnológico de la Federación Nacional de Cafeteros, consistente en su atadura al capital financiero que oferta insumos agrícolas que encarecen los costos de producción y 3) la búsqueda de nichos de mercados internacionales para los cafés especiales.

Francisco José Herrera Gallego, líder de ASOAPÍA, vio con un puñado de caficultores locales la necesidad de estimular la asociatividad de los campesinos como un primer paso para poder fortalecer su competitividad. La idea de crear la asociación se articuló a la necesidad de encontrar mercados para comercializar cafés especiales, acceder a ayuda del sector público y privado y mejorar la calidad del café producido, estimulando así nuevas alternativas de desarrollo de los campesinos. Al principio el objetivo fue crear una asociación de agricultores orgánicos, sin embargo, las dificultades económicas impidieron materializar es ideal; no obstante, se mantuvo la obsesión de asociarse sabiendo que los pequeños productores podrían adquirir mayor fuerza mediante su asociación.

“Crecer solitos y por fuera de la Federación”, fue el llamado de Herrera. Esta decisión ha implicado la animadversión de las autoridades nacionales y regionales, pero también al reconocimiento y simpatía de agricultores de varias regiones de Colombia y de otros países. “Fuimos discriminados por nuestras posturas”, recalca el líder cafetero. La consigna de “hacer las cosas solitas”, les puso en el camino retos muy complejos como acceder a los mecanismos y términos de la certificación de su producto, la exportación, y al fin de cuentas, el ejercicio de su derecho a la autonomía. El crecimiento de ASOAPÍA se ha visto favorecido por las actividades de carácter organizacional que ha desarrollado en el marco de convenios con el Ministerio de Agricultura, como Oportunidades Rurales, Alianzas Productivas.

En 2005, lograron poner en Europa el primer contenedor con café con 870 kilos certificados bajo la etiqueta de orgánico. Durante los dos años siguientes, el auge de los cafés especiales se hizo imparable y se volvió una oportunidad para

¹¹ Según un documento del Comité Departamental de Cafeteros de Risaralda, esta entidad “se ha empeñado en apoyar el desarrollo de los programas de cafés especiales. En la actualidad existen 14 asociaciones constituidas, se cuenta con 980 agricultores capacitados en cafés especiales”, sin embargo, los líderes de ASOAPIA manifiestan que estas organizaciones carecen de autonomía.

los caficultores apianos. El primer cliente fue Starbucks, a través del programa de C.A.F.E. Prácticas, más tarde y luego de un fuerte forcejo con la Federación de Cafeteros, lograron la certificación de FAIRTRADE¹² (hasta la actualidad). En el camino se encontraron con otros caficultores discriminados por la Federación de Cafeteros en los departamentos del Cauca y Huila, al sur de Colombia. Productores que, como en Apía, habían discrepado de las políticas excluyentes de ese gremio. Así fue surgiendo la Iniciativa Colombiana de Pequeños Productores de Comercio Justo Solidario y Sostenible, de la cual hace parte.

Un informe del periódico *La Tarde*, publicado 13 de noviembre de 2015, subrayó que, gracias al interés de algunos empresarios y pensadores, Apía evolucionó hacia la búsqueda del desarrollo económico local. Hoy ya funcionan 32 organizaciones, así: agrícolas (12), pecuarias (5), servicios (3), ambientales (3), culturales (2) y sociales (7). Los productos del campo representados son: café, mora, plátano, aguacate, y las actividades: ganadería, porcicultura, piscicultura y apicultura. Entre todas acogen a 1.185 familias. El artículo cierra con esta pregunta y respuesta incluida: ¿Por qué sucede todo eso en Apía?: Porque ya tuvo una época dorada a principios del Siglo xx. Porque siempre ha soportado una intensa actividad cívica, cultural y educativa y por la existencia de capital social. Apía sentó las bases para desarrollar el territorio.

Conclusiones

En 1988, Absalón Manchado afirmó que la baja de precios del café, conjugada con los bajos niveles de productividad agrícola, obligaban a buscar nuevas formas de productividad con modificaciones importantes, y en 1949, Antonio García sentenció que en la cuestión del minifundio, mientras sea cafetero, no podían plantearse ni resolverse haciendo abstracción del mercado mundial. Parece que ambas observaciones hubiesen sido acatadas por los caficultores de Apía¹³.

Bajo esta perspectiva, la asociación de cultivadores se puede inscribir en el contexto de los procesos de resistencia económica y organizativa de caficultores decepcionados con las políticas de la Federación Nacional de Cafeteros que no les han permitido salir adelante con sus proyectos de vida, y en particular, por no en-

¹² Sello de Certificación de Comercio Justo. Véase: <http://www.flocert.net/>

¹³ Estas conclusiones además de lo expuesto, se desprenden de algunas visiones compartidas con la doctora en Ciencias Ambientales de la Universidad Tecnológica de Pereira, Alejandra González Acevedo (2016), desde su Tesis: “*Valoración de la sustentabilidad de los policultivos cafeteros del centro occidente y sur occidente colombiano*”.

contrar alternativas de productividad por fuera de la racionalidad del capital financiero, el cual ha hecho de la revolución verde y su paquete tecnológico, un mecanismo de permanente endeudamiento y baja rentabilidad de las cosechas.

A esta razón económica se articularían las de tipo político y ambiental. En ese sentido, la asociatividad de los caficultores fue permeada por el debate y las propuestas de los ambientalistas de la región a través de las prácticas sustentables que dieron origen e impulso a las Escuelas Agroecológicas y a la campaña de revalorización de saberes tradicionales con gran protagonismo de los campesinos. Esto se complementó con los aportes académicos de estudiantes y profesores de la Facultad de Ciencias Ambientales de la Universidad Tecnológica de Pereira. En este plano la asociación apoya los programas de protección a la biodiversidad y el avistamiento de aves.

La confianza, como producto histórico sustentando en redes de parentesco, las mismas que dieron origen a la apertura de la frontera, y la vida comunal de las organizaciones cívicas locales, ha estado en la base de la historia económica y cultural del municipio, trazando la ruta de la cooperación colectiva, la cual Tilly, citando a Ostrom (2010, p. 74), dependen de tres factores que con claridad se pueden observar en este caso: la confianza que los individuos tienen en los otros, las inversiones que hacen en una reputación de confiabilidad y la adopción de normas de reciprocidad. Una de estas, por ejemplo, tiene que ver con cumplir los protocolos de calidad de la certificación FAIRTRADE.

En este contexto, la resistencia adaptativa a circunstancias especialmente complejas se puede inscribir en los planos económico, social, y ambiental, dando lugar a una cultura organizativa disidente (Scott, 2007, p. 137), pero con atributos sociales y gremiales profundamente solidarios y recíprocos que deben ser leídos como respuestas contingentes a las amenazas de la depredación de la globalización neoliberal, la desconfianza a las burocracias cafeteras, al sistema clientelista de redistribución de procomunes, y en general, a todos aquellos factores que, históricamente, han afectado a los pequeños caficultores. Desde este punto de vista, la asociatividad reciente podría ser el resultado de la larga duración de la confianza como producto histórico de las solidaridades perdurables.

ASOAPÍA es una respuesta histórica a los impactos negativos de la revolución verde que comenzaron en los años setenta con la variedad Colombia y el desmonte del bosque cafetero, el cual ha tendido consecuencias ambientales nefastas, mismas que en los últimos años, tras los efectos del cambio climático, comienzan a ser admitidas por la dirigencia cafetera de la Federación. Por eso mismo no resulta pretencioso señalar que la Asociación se está convirtiendo en una alternativa fundante de la caficultura contingente y dialogante con el desarrollo endógeno. En los comienzos del cultivo, la ayuda mutua y la reciprocidad, sumados al papel de la agricultura familiar, hicieron que este café asociado siga siendo el soporte de la industria.

Si ayer los antepasados locales abrieron montañas para cultivar y sobrevivir, hoy abren mercados para resistir.

Bibliografía

- Alvarez, V. (1989). *La estructura interna de la Colonización Antioqueña*. Manizales: Gobernación de Caldas.
- Aprile-Gnisset, J. (1992). *La ciudad colombiana siglo XIX y Siglo XX*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- Bendini, M. I. (2008). Actores sociales y reestructuraciones en los ámbitos rurales y agrarios de América Latina. En E. Pérez (comp.), *La nueva ruralidad en América Latina. Avances teóricos y evidencias empíricas* (pp. 133-150). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Bejarano, J. A. (1987). *Ensayos de historia agraria colombiana*. Bogotá: Fondo editorial CEREC.
- Bergquist, Ch. (1981). *Café y conflicto en Colombia (1886-1910). La Guerra de los Mil días, sus antecedentes y consecuencias*. Bogotá: Banco de la República y El Ancora Editores.
- Clavijo, S., Jaramillo, C. F., y Leibovich, J. (1994). *El negocio cafetero ante el mercado libre, Informe de la Comisión Mixta para el estudio del café*. Bogotá: Ministerio de Hacienda y Crédito Público, Departamento Nacional de Planeación y Tercer Mundo Editores.
- Christie, K. (1986). *Oligarcas, campesinos y política en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Fajardo, D. (1996). Fronteras, colonizaciones y construcción social del espacio. En: C. Caillavet (comp.), *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*. Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos, Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas, Universidad

de los Andes. doi:10.4000/books.ifea.2492

_____ (2013). *Las guerras de la agricultura colombiana (1980-2000)*.

Bogotá: ILSA.

Federación Nacional de Cafeteros de Colombia. (1996). *Reestructuración económica: experiencias internacionales*. Pereira: Corpes de Occidente.

García, A. (1978). *Geografía económica de Caldas*. Bogotá: Banco de la República:

Giraldo, L. (1989). *La Colonización Antioqueña*. Manizales: Gobernación de Caldas.

Gutiérrez, V. (1994). *Familia y cultura en Colombia*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Federación Nacional de Cafeteros de Colombia (1996). *Reestructuración Económica: Experiencias Internacionales*. Pereira: Corpes de Occidente.

Hartlyn, J. (1993). *La política del régimen de coalición. La experiencia del Frente Nacional en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores y Ediciones Uniandes.

Khoudour-Castéras, D. (2007). ¿Por qué los emigran los colombianos?, un análisis departamental basado en el Censo de 2005. *Revista de Economía Institucional*, 9 (16), 255-271.

LeGrand, C. (1988). *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Londoño, J. (2003). La frontera: un concepto en construcción. En C.I. García (comp.) *Fronteras: territorios y metáforas* (pp. 61-83). Medellín: Hombre Nuevo Editores, Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia.

_____ (2005), Frontera y colonización en el norte del suroccidente colombiano. Hacia una nueva agenda de investigaciones. En A. Betancur (coord.), *Policromías de una región. Procesos históricos y construcción del pasado local en el Eje Cafetero* (pp. 181-206). Pereira: Red de Universidades

Públicas del Eje Cafetero – Coordinación de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

López C., H.; Cardona, A. y García, J. (2000). *Empleo y pobreza rural (1988-1997)*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, CIDE, CEGA y el IICA.

Machado, A. (1977). *El café: de la aparcería al capitalismo*. Bogotá: Punta de Lanza.

Naranjo, G. (1990). *Apía a través de la historia*. Pereira: Gobernación de Risaralda.

Ocampo, J. A. (2015). *Café, industria y macroeconomía: Ensayos de historia económica colombiana*. Bogotá: Banco de la República.

_____ Comp., (2015). *Historia económica de Colombia*. Bogotá: FCE, Fedesarrollo.

Ortiz, L. J. (2015). *Caldas, una región antigua y nueva, tradicional y moderna, local y nacional: hacia un nuevo siglo XIX de noroccidente colombiano*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.

Palacios, M. (2009). *El café en Colombia 1850-1970. Una historia económica, social y política*. México: El Colegio de México.

_____ (2011). *¿De quién es la tierra? Propiedad, politización y protesta campesina en la década de 1930*. Bogotá: Universidad de los Andes, FCE.

Parsons, J. (1961). *La colonización antioqueña en el occidente colombiano*. Bogotá: Banco de la República.

Pécaut, D. (2012). *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit.

Pineda, J. (2014). Gobernanza, desarrollo local y calidad de trabajo. Los casos de Cartagena, Pereira y Pasto 2001 – 2008, *RIEM V* (9), 37-72.

Santa, E. (1993). *La colonización antioqueña: Una empresa de caminos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

Scott, J- C. (2007). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México: Ediciones Era.

- Tilly, C. y Wood, L. J. (2009), *Los movimientos sociales 1768-2008, desde sus orígenes a Facebook*. Barcelona: Crítica.
- Tilly, C. (2010). *Confianza y gobierno*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD (2004). *Un pacto por la región*. Bogotá: Naciones Unidas.
- Roseberry, W. (2002). Hegemonía y lenguaje contencioso, En G. Joseph & D. Nugent (comp.) *Aspectos cotidianos de la formación del Estado*, México: Editorial Era.
- Rostworowski de Diez Canseco, M. (2018). *Historia del Tahuantinsuyu*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Uribe, M. (2013). *La nación vetada: Estado, desarrollo y guerra civil en Colombia*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Van Young, E. (2010). *Economía, política y cultura en la historia de México. Ensayos historiográficos, metodológicos y teóricos de tres décadas*. México: El Colegio de San Luis, El Colegio de la Frontera Norte, El Colegio de Michoacán.
- Valencia, A. (2000), *Colonización: fundaciones y conflictos agrarios (Gran Caldas y Norte del Valle)*. Manizales: Artes Gráficas Tizan Ltda.
- Valencia, F., Cortázar, D.M., & López, A.M. (2013). *Composición de la Economía de la Región Eje Cafetera de Colombia*. Bogotá: Banco de la República.
- Victoria, C.A. (2009). *Las políticas públicas y el desarrollo local en el contexto regional del Eje Cafetero*, Cuadernos de Clase, Maestría Desarrollo regional y planificación territorial (1-2), 305-334.
- Wallerstein, I. (2011). *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía- mundo europeas en el siglo XVI*. México: Siglo XXI.
- _____. (2014), *El capitalismo histórico*. Madrid: Siglo XXI.
- Zorro, C. (Ed.) (2007). *El desarrollo: perspectivas y dimensiones, Aportes*

interdisciplinarios. Bogotá: Ediciones Uniandes, Embajada de los Países Bajos.

Documentos

Agenda Ambiental del Municipio de Apía, Risaralda (2005), Pereira: CARDER. *Caldas en 1952. Informe de la Misión Currie al gobernador del Departamento*. Manizales: Imprenta Departamental.

Composición de la Economía de la Región Eje Cafetero de Colombia, Ensayos Sobre Economía Regional, ESER, No. 54, Banco de la República, marzo, 2013.

Periódicos

La Tarde (9 de enero del 2015). S.d.

Documentos recuperados de la WEB:

El Tiempo (21 de abril de 199). El desempleo se disparó en la zona del Eje Cafetero. El Tiempo. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-897786>

Federación Nacional de Cafeteros. (S. f.). Comportamiento de la industria cafetera, 2012. Recuperado de https://www.federaciondefcafeteros.org/static/files/Informe_Industrial_Completo2012.pdf

Federación Nacional de Cafeteros. (S. f.). Estadísticas históricas, 2016. Recuperado de http://www.federaciondefcafeteros.org/particulares/es/quienes_somos/119_estadisticas_historicas

ASOAPIA. Recuperado de <http://www.asoapia.org/index.php/nosotros/historia>

Entrevistas

Victoria, C.A (2018, diciembre). *Entrevista con Francisco José Herrera Gallego presidente del Comité Municipal de Cafeteros de Apía y presidente de la Asociación de Cultivadores de Apía, ASOAPIA.*